

Buenos Aires Bajo Fuego

Novela

Buenos Aires Bajo Fuego

Autor: Rolando Castillo

Parte I: Bajo la Tierra

María Clara y Javier se despertaron con la intromisión en cierta forma inesperada de la radio reloj a las siete de la mañana. Casi sin decir palabra fueron al baño, se lavaron, se vistieron y comieron unas galletitas con mate. Luego ambos emprendieron su viaje de rutina desde su casa en Liniers hasta el microcentro, donde trabajaban, él, en Florida y Córdoba, en un local donde vendía ropa de cuero a los turistas, y ella en Reconquista y Tucumán, en una casa de cambio. Primero el colectivo lleno de pasajeros, donde viajaron parados, molestándose con los otros, entre pisadas, manotazos, chicos parados en el medio con mochila en las espaldas, alguna gente sucia, como todos los días. Luego, el subte. Dejaron pasar dos formaciones, porque estaban imposibles, repletas y eso que lo tomaban en la terminal de Nazca (la gente había adquirido la costumbre de subir una, dos o tres estaciones antes e ir hacia atrás, para arrancar sentada el viaje desde la terminal, por eso el subte llegaba hasta allí con muchos asientos ocupados), y luego vino un tercero, inesperado, que para su sorpresa arrancó casi vacío, apenas dos minutos más tarde que el anterior. Subieron al primer vagón, porque los dejaba frente a la salida en la estación de Plaza de Mayo. Les gustaba bajar ahí aunque tuvieran que caminar unas cuantas cuadras hasta sus oficinas, porque los confortaba ver a las palomas y caminar por la plaza soleada antes de ir a trabajar. El sol calentaba distinto sobre la superficie, era libre, hermoso, vital.

Apenas viajaban ellos dos y otras tres personas. Un hombre de unos cuarenta años se durmió apenas subió, sentado en la otra punta del vagón. Una muchacha de unos veintipico vestida muy a la moda, con un vestido ligero de tela con motivos floreados de tonos rosa y blanco, muy alegre, que se sentó muy cerca de ellos. Un señor de unos sesenta años, de expresión sombría, tal vez por no haber dormido bien durante la noche, se sentó a sus espaldas. Eran los únicos habitantes del vagón, y parecía increíble, ya que nunca habían viajado tan cómodos.

Buenos Aires acababa de amanecer entre bruma y nubes, con una humedad general causante de un microclima molesto. Era verano, y se hacía notar con 25 grados a las siete de la mañana. Si bien está ubicada en las márgenes del Río de la Plata, la capital argentina tiene un clima marítimo. La formidable y perpetua mole de cemento se despertaba de forma lenta y pausada, Y los autos comenzaban a llenar de forma perezosa pero persistente las calles y las avenidas porteñas. Poco más tarde llegarían a colapsarlas. Como todos los días.

El calor era agobiante. El subterráneo de Buenos Aires guarda la temperatura que se genera en el exterior con mucho celo, y no la deja salir aunque el clima mejore, por mucho tiempo. Por añadidura, la humedad omnipresente en cada gota del escaso aire que había allí abajo hacía que la ropa se pegara a la piel, por la transpiración de los cuerpos. Había que limpiarse el bigote sudado con el pañuelo todo el tiempo. Así fastidiados, los cinco ocupantes del vagón trataban de acomodarse en sus asientos de la mejor manera posible sin quedar pegoteados. Era seguro que en las próximas estaciones el coche se iba a llenar y eso provocaría aún más calor y más sensación de encierro. Para colmo el aire que entraba por las ventanillas no era fresco ni mucho menos, y no lograba renovar el agotado oxígeno del interior.

María Clara estaba molesta, con sueño y calor, transpirada, y por eso mismo tenía chuchos de frío cuando entraba aire por la ventanilla, aunque el aire también fuera caliente. Javier intentó pasar su brazo por encima del hombro de ella, pero ella lo rechazó de manera suave pero firme.

- Hace demasiado calor para que andemos abrazados.

Javier hizo un gesto de desagrado cuando ella dio vuelta la cabeza hacia la ventanilla, retiró su brazo y se alejó un poco en su asiento. Se ofendía muy fácil, pero también se olvidaba de todo con suma rapidez. Viajaron los primeros momentos en silencio. Javier sabía que ella iba a dormirse pronto, y que él iba a hacer lo mismo luego de dos o tres estaciones. Era como una prolongación del sueño, dormían unas horas en la cama, se levantaban como zombis, viajaban en colectivo como podían y seguían dormidos en el subte, aún si viajaban parados. Llevaban ya cinco años de casados pero eran muy jóvenes, ella de 22 y él de 23 años. Tuvieron un hijo que murió antes de nacer, como sucede de manera frecuente en las primerizas, y una hija, Carolina, que a los tres años recibió una bala en medio de un tiroteo entre ladrones y policías mientras estaban paseando con su madre cerca de la casa de Liniers. Murió también. Su mundo se había venido abajo dos veces y estaban intentando salir del pozo en el que estaban, aunque aún no sabían si lo iban a lograr. Al menos tenían trabajo y salud, y el médico les había dicho que podrían tener más hijos sin problemas. No habían tomado la decisión de seguir buscando, porque el miedo a volver a sufrir los paralizaba. Se tenían el uno al otro, pero eso a veces no era consuelo.

La ciudad tiene una forma muy particular de despertarse en verano. Apática, desordenada, histérica, en seguida corrompe el humor de sus vecinos. Se los ve serios, fastidiosos, un poco agresivos. Miran de reojo a los otros y critican para sus adentros sus actitudes. Muchas cosas los irritan, chocan entre sí, se miran mal, discuten por cualquier motivo. Se nota que están pasados de peso, fuera de estado, que comen pastas todos los días, frituras, medialunas, que toman gaseosas. Eso les arruina la figura y los dientes. Visten de las más increíbles formas y colores, se peinan de mil maneras distintas, y luego se critican en silencio y para sus adentros los unos con los otros.

Mariela se sentó en la misma fila de asientos de la pareja, al costado, sobre la ventanilla derecha, y los miró divertida. Parecían dos viejos aburridos, aunque debían ser menores que ella, que andaba por los veinticinco. Los miró atenta a sus actitudes. Apenas arrancaron ella ya se quería dormir. Esa era una mala señal. Señal de que no tenían nada de qué hablar, o de que pasaban demasiado tiempo juntos. No siempre el viaje de un matrimonio al trabajo tenía que ser divertido. Mariela pensaba que jamás se casaría si se iba a aburrir de ese modo. No lo soportaría. Volvió a mirarlos. No, no quería un matrimonio de ese tipo. Hoy se había levantado de muy buen humor. Tenía que ir a trabajar a la tienda de electrodomésticos, un trabajo de vendedora, tedioso, pero que le daba la posibilidad de conocer mucha gente. Con su carácter alegre y su simpatía podía darse el gusto de recibir algunas propuestas interesantes. Aunque a veces odiaba recibir propuestas de personas que no le gustaban. No sabía cómo evitar esas situaciones, ya que su carácter alegre y despreocupado incitaba a todo tipo de hombres, y hasta a mujeres con las cuales no quería tener nada que ver.

Antonio Beraldi no había dormido bien esa noche. Se había peleado con su mujer por una tontería, nada importante. Antonio siempre había deseado ser un escultor famoso, pero nunca había logrado obtener esa obra especial, esa genialidad que le abriría la ruta a la fama. Él se consideraba a sí mismo un excelente escultor, pero reconocía que le faltaba esa chispa de talento que otros tenían. Había presentado obras en todos los certámenes habidos y por haber, y jamás había alcanzado el éxito. Se había presentado con proyectos escultóricos para montones de futuras obras propuestas y nunca lo habían elegido. Lo peor era que nunca había podido vivir de su verdadera y amada profesión, por eso a sus sesenta y tres años se lo veía frustrado, cansado, deprimido. Su trabajo, ese que odiaba pero que lo mantenía con algo de dinero para conservar una vida más o menos digna, era el de mantenimiento en una oficina del Ministerio de Economía. Era un hombre muy culto, que

aunque apenas había terminado la primaria, sabía muchas cosas porque era muy curioso y aprendía cosas nuevas todos los días, y por otra parte las máquinas no le podían ofrecer la menor resistencia. Podía arreglar desde un aire acondicionado hasta una computadora, no importaba el modelo, la marca o la sofisticación que tuviese el aparato. Siempre había tenido esa virtud, a la que él no daba la menor importancia y que hubiera cambiado por algo más de talento como escultor.

Mientras el dormilón seguía extasiado con su sueño, los demás pasajeros del vagón del subte sufrían de sofocación aguda. Es que de verdad hacía un calor insoportable, y no se respiraba aire, sino una masa de algo caliente, parecido al aire. Para colmo de males, el subte se detuvo entre estaciones. Ya no corría ni siquiera esa espantosa pero necesaria corriente caliente. Los pocos pasajeros del vagón intercambiaron miradas de aburrimiento, como si dijeran: "otra vez lo mismo". Luego de tres minutos interminables, la formación arrancó.

Una vez llegado el subte a la estación Flores, subieron a ese primer vagón apenas unas pocas personas.

-Parece que va a ser un viaje tranquilo, con poca gente.- Dijo Javier, que ya había olvidado el desplante de su mujer. Clara no contestó, ya casi dormida.

Javier miró a la chica que tenía a la derecha y se dio cuenta de que ésta lo estaba observando. Intentó mantener la mirada sobre ella, pero la chica, con un leve y elegante movimiento de cabeza, inclinó la vista sobre la ventanilla

-Estos tipos son todos iguales. La mujer se les duerme y ya tratan de mirar a la chica que tienen más cerca.- Pensó, no sin algo de ridícula indignación, como si fuera del siglo pasado.

No sabía por qué, pero a Mariela ese hombre no le gustaba. Quizás era la forma en que Javier la miró, de forma demasiado intensa como para que sea una breve mirada de observación curiosa. También sintió algo de pena por su mujer. Clara tenía una expresión muy frágil así dormida, y casi como un aura de inocencia y fatalidad que la conmovía. Javier, en cambio, le parecía un hombre sin escrúpulos, dominante, insoportable.

Javier pensó que su vecina de viaje era una mujer muy bonita, y que valdría la pena ver su cuerpo desnudo. Ella se dio vuelta y así él observó con ansias sus piernas casi por completo descubiertas por su corto vestido, y la imaginó sin esfuerzo tirada en una cama, esperándolo.

Mariela supuso que ese espantoso espécimen de hombre estaba observándola, desvistiéndola con la mirada. Se sintió desnuda frente a él, una especie de objeto del deseo en exhibición. Pero no podía corroborar si eso era cierto, porque no quería volver la vista hacia él. - Ojalá el vagón se llene de pasajeros y se nos interpongan, así ya no me podrá mirar más.- Pensó de forma tonta, con un poco de furia e impotencia.

Delante de ella se abrió por fin la puerta del vagón y entraron dos muchachos bastante interesantes, que ella miró con agrado. Eran amigos y tenían muy buena apariencia. Estaban vestidos de jean y remeras, lucían peinados modernos y se reían de forma transparente y agradable.

Rodrigo tenía 24 años y estudiaba periodismo junto a su amigo Gastón. Eran muy buenos amigos, ya que se conocían desde preescolar. Ambos estaban de común acuerdo en vivir la vida intensamente, compartir viajes, partidos de fútbol, salidas nocturnas, y una pasión incontenible por ser periodistas. Querían ser buenos periodistas, no como los que estaban en toda la radio y la televisión en esos momentos, amarillismo puro y simple. Ellos aún tenían el ideal de dar a conocer las noticias serias de la mejor manera. Ambos compartían el sueño de ser corresponsales de guerra. A todo el mundo

esa idea le parecía muy loca, pero ellos lo tomaban muy en serio. Los familiares de ambos pensaban que era un pensamiento que pronto se les iría de la cabeza, que en cuanto logran recibirse se sentarían en un escritorio y comenzarían a redactar aburridas noticias para algún diario, que les pagarían un sueldo y podrían asentarse, que se pondrían de una vez por todas de novios con alguna buena chica y que comenzarían a preocuparse de cosas serias, no de sueños de niños. Pero ellos estaban seguros de que harían muchos viajes, recorrerían mucho mundo, y que lograrían ser corresponsales en alguna de las varias guerras que había en este loco mundo, o en alguna revolución, algún país muy lejano en combustión, etc., etc.

La mayor diferencia física entre Rodrigo y Gastón era que mientras el primero era rubio, de ojos claros y mirada distraída, el segundo era de pelo negro y ojos color marrón oscuro, dueños de una mirada profunda y melancólica. También en el carácter eran distintos, ya que Gastón era muy afable, simpático y gracioso. Rodrigo, en cambio, era más frío, distante, en general se comportaba como una persona muy amable pero mantenía una prudente distancia del resto del mundo.

Ambos se sentaron en los bancos desocupados del otro lado del pasillo de espaldas a Mariela. Ella lamentó que no los podía ver porque los dos le simpatizaban. Volvió a mirar para el lado de Clara y Javier, y por suerte encontró la mirada de él ocupada en mirar a las distintas personas que entraban en el vagón. En un segundo volvió su mirada hacia los dos muchachos que habían entrado recién, y trató de no pensar más en su desagradable vecino.

Después del silbato del guarda y antes de que se cerraran las puertas entró corriendo una chica muy joven, sin lugar a dudas alumna del secundario. Tenía una pollera cuadriculada verde y negra, una blusa blanca, un morral, medias tres cuartos blancas, mocasines y el pelo recogido detrás de la cabeza. La chica la miró como evaluando toda su humanidad y decidió sentarse a su lado.

Martina era una chica poco común. No le gustaba el colegio y en cada oportunidad que tenía se iba a pasear por ahí. Le gustaba salir con chicos y chicas que conocía en los recitales de rock a los que iba seguido y no con sus compañeras de la escuela, muy aburridas y sin imaginación. Tampoco solía hablar demasiado con sus padres y con ningún adulto. Y nunca conversaba con chicos y chicas menores que ella. Cualquiera persona de más de 16 años para ella era un adulto y cualquiera que tuviese menos de 16 era un niño indeseable, así que Martina sólo hablaba con gente de su edad y que no fuera de su escuela, de esta forma su círculo era muy limitado, una fauna de muchachos perversos y chicas viciosas que lograban verse muy de vez en cuando en recitales muy especiales, durante los cuales se daban a las más extrañas actitudes.

En cuanto subió al vagón Martina observó a todos los ocupantes con esmerada atención y rapidez: pareja aburrida, dos tipos tontos, viejo, dormilón, mamá con su nene insoportable fueron sus primeras reflexiones. Prefirió sentarse, por eso, al lado del mal menor, una mujer joven (para ella ya vieja) con un ridículo vestido floreado que mostraba sus piernas de formas provocativas, maravillosas, por cierto. Al menos su mirada era alegre y su actitud tranquila. Apenas cruzó una mirada con ella después de sentarse y entrevió en sus bonitos ojos color miel que le estaba agradecida por sentarse a su lado. Vaya a saber por qué.

Por la puerta más cercana a Antonio Beraldi entró una mamá con su hijo, y se sentaron justo frente a él. El escultor pensó que era una linda mujer, pero no le prestó demasiada atención. Se sentaron en la fila de asientos a su costado derecho, frente al dormilón, que se inclinaba más y más y cada vez tenía la cabeza más cerca de sus piernas.

Katerina Arapaki era una mujer de 35 años, separada, que llevaba todos los días a esa hora al colegio a su nene de 11 años, Nicolás, de apellido Gerokosta, producto de la típica unión de dos integrantes de la colectividad griega en Buenos Aires. Seguía enamorada de su marido, no dejaba de

reconocerlo, pero la pésima conducta del señor Gerokosta, en especial en cuestiones de fidelidad, la movió a propiciar el divorcio, el cual todavía se estaba tramitando. Cansada de correr para todos lados, sola con Nico, con muy poca colaboración de su ex pareja, Katerina se sentó deseando descansar al menos unos diez minutos sentada en su asiento. -Ojalá se mantuviese callado, pobre Nico. Que cansada estoy, y todavía tengo que dejarlo en la escuela, ir al trabajo, salir por la tarde a buscarlo y llevarlo al médico a que le hagan los estudios que pidieron en la escuela, llevarlo a casa, hacer la comida, lavar, planchar, dios mío, no doy más.- Pensó, mientras disfrutaba de su asiento, algo nada común para los que subían a esa hora.

El subte arrancó perezoso pero pronto se detuvo de nuevo en medio del túnel, antes de llegar a la estación Carabobo. En ese primer vagón, cada una de las personas que lo ocupaba se ocupó de mirar a los demás, pero no hubo preocupación porque estas paradas eran comunes.

-Que mal servicio el del subte. Ojalá hubiera otra forma de moverse por la capital, pero esto es lo más rápido.- Le dijo Gastón a su amigo.

-Pero me muero de calor, mirá mi piel, además de transpirada ya está toda colorada, irritada. Estoy cansado de viajar de esta forma. Quisiera poder comprarme un auto.- Rodrigo estaba fastidioso y molesto. El calor siempre le molestaba y esto ya era demasiado.

- Si, es un baño sauna, pero con ropa es insoportable. No corre una gota de aire, me ahogo. Es insufrible.

Nico miró a su madre y le hizo un guiño. El no sufría el calor. Sólo pensaba que se iba a encontrar con sus amigos en la escuela. Era un chico muy imaginativo.

-Mami, los zánganos pueden venir en cualquier momento y matarnos a todos. Estamos indefensos en este túnel, la oscuridad los favorece.

- No te preocupes, los zánganos no atacarán el subte, los policías que cuidan las entradas jamás los dejarán entrar.

- Pero ellos son muy inteligentes, por eso son zánganos, se transforman en pequeños insectos para entrar a buscarnos y luego vuelven a su forma de semi hombres, semi monstruos.

- No te preocupes, estoy yo para defenderte.

- No podrías hacer nada contra ellos, mami.

Katerina le sonrió a Nico y le acarició la cabeza. Estaba segura de que si seguía con la costumbre de inventar esas cosas podría llegar a ser un buen escritor, aunque no era un buen plan para el futuro. Lo más probable era que se muriera de hambre, pobre Nico.

El dormilón seguía inclinado hacia delante y no daba indicios de darse cuenta de que el subte se había parado. Katerina lo miraba con preocupación, ya que por lo general cuando la gente dormía y el subte paraba unos minutos se daban cuenta de la situación y despertaban. Era como si el cerebro de los dormilones asumiera que el subte debía moverse todo el tiempo y cuando no lo hacía de inmediato encendía una alarma oculta en algún recóndito lugar, algunas células perdidas que avisaban a la parte consciente que debía despertarse porque pasaba algo raro, anormal. Pero este tipo era un adoquín, dormía con demasiada profundidad, con un abandono total de su cuerpo, ahora inclinado de forma bastante incómoda.

Mariela miró a su ocasional acompañante y pensó que era una chica algo extraña. Sin embargo le

pareció muy bonita, aunque se notaba que hacía todo lo posible para ocultar su belleza natural. Notó que se pintaba los ojos con demasiado rímel de color negro, que estaba pálida y no le había dado un poquito de color a sus mejillas y que su boca pedía a gritos un poco de color. Cuando el subte se detuvo en medio de oscuro túnel la miró de reojo pero no notó que el asunto le preocupara. Como si adivinara sus pensamientos, la chica dio vuelta la cabeza, miró a Mariela y dijo:

- Siempre se detiene en los túneles.

- Es cierto- Dijo Mariela mirándola a los ojos. Era bonita. Muy chica, pero bella. Notó en ese momento que la chica le miraba las piernas desnudas.

- Nunca hablo con extraños, menos con gente grande, como vos. Pero me caés bien.

Martina sonrió y volvió a mirarla a los ojos. No dijo nada, porque se sentía algo incómoda con esa chica al lado. Tal vez fuera una miedosa, pero le parecía que la muchacha tenía una delicada personalidad. Ese pensamiento se le había ocurrido recién. Por eso optó por dar vuelta la cabeza y mirar por la ventana sin decir nada.

Por suerte el subte arrancó de nuevo con andar cansino, y emprendió otra vez su camino.

- Que molesto- comentó Javier a una Clara que no terminaba de despertarse, alarmada por la detención- vamos a llegar tarde.

- Avisá por el celular. Yo no voy a tener problema.

Javier sacó su viejo celular Nokia que usaba desde hacía tres años (sólo tres años y ya está obsoleto el pobre teléfono, pensó) y buscó en la libreta el número de su trabajo. Marcó el número y llamó. Nada. Lo volvió a intentar. Nada de nuevo.

- Que raro, debe ser que no tiene salida desde el túnel, voy a llamar en cuanto llegue a Carabobo.

Una vez que paró en la tercera estación, subieron al último vagón otras cinco personas. Entre ellas, Juan Pablo Bardi, un muchacho de unos treinta y dos años que era jefe de oficina en una empresa importadora de computadoras y todos los insumos relacionados.

Juan Pablo era muy alto, casi de dos metros, flaco pero musculoso, de pelo negro cortado muy cortito. Como buen hijo de tanos, era muy fogoso, emprendedor y cabeza dura. Su trabajo lo absorbía demasiado, lo que le traía como consecuencia intensas peleas con su novia, que era muy celosa.

Cuando entró al vagón vio de inmediato las hermosas piernas descubiertas de Mariela y Martina, su extraña compañera de viaje. Pensó en sentarse delante de ellas, pero le pareció que iba a quedar como un pesado si lo hacía, y como era bastante tímido, decidió sentarse delante de los futuros periodistas. Gastón y Rodrigo se miraron y se hicieron casi imperceptibles señales de fastidio. -Claro- pensó Juan Pablo- a ningún hombre le gusta que se le siente delante otro hombre. Que se aguanten.

Por la otra puerta entró Amalia Capogrosso, una señora de unos cincuenta y dos años, muy bien arreglada y perfumada. Miró la gente que estaba sentada en los asientos y decidió sentarse al lado del escultor, que la miró desconfiado, ya que odiaba los perfumes baratos y escandalosos. -Justo se me viene a sentar ésta al lado, con ese olor...- pensó.

Por el contrario, a la señora Beraldi le pareció bastante agradable, un señor tranquilo y apacible,

dueño de una fuerte personalidad que se notaba a simple vista.

Amalia sacó una polvera, un espejo y otros varios objetos típicos de las mujeres y comenzó a pintarse la cara con una proverbial celeridad y seguridad. En seguida notó que el niño de enfrente la miraba entre extrañado y curioso. Le sonrió, pero el niño le dio vuelta la cara y se hizo el distraído. - Odioso-pensó Amalia. Acto seguido recomenzó el tratamiento de belleza interrumpido.

Detrás de Amalia subió Joao Vicente Publio Dias, de 21 años, un morocho brasilero, de piel bien oscura, ojos negros, blanco de ojos bien blanco, dientes aún más blancos, labios azules, motas en el pelo, dos metros de alto y el porte de una escultura de ébano. Iba con una valija en su mano derecha, en la que llevaba toda una serie de baratijas, anillos, colgantes, pulseras, aros, todas de riguroso color dorado, muy bonitas. Vendía su mercadería en la esquina de Carlos Pellegrini y Lavalle, junto con algunos otros brasileros y lo pasaba muy bien bajo el cálido sol del verano.

Joao decidió sentarse en el rincón del vagón donde todavía no había gente. Pero de inmediato dos muchachos que entraron corriendo por la misma puerta justo un segundo antes de que se cerrara se le sentaron en frente.

Los muchachos lo miraron y en seguida cambiaron una mirada cómplice. Uno le dijo algo al oído al otro y se rieron a carcajadas. Joao los miraba entre desconfiado e irritado. Pero no quería ofenderse, era un hombre muy tranquilo, así que se limitó a sacar de su maletín una radio que encendió muy rápido y en seguida se puso los auriculares. Para él todo terminó ahí.

La Pulga y el Muñeco eran dos de los más famosos ladrones del subte. Vivían en la Ciudad Oculta, en Mataderos, y ambos tenían 16 años. Llevaban ropa decente y estaban limpios y perfumados, pero se notaba que vigilaban al pasaje y buscaban a alguien a quien robarle sus pertenencias sin que se dé cuenta. Por lo general la Pulga, el más hábil con las manos, efectuaba el hurto de manera rápida y limpia, mientras el Muñeco vigilaba al resto de las personas, controlaba que nadie se dé cuenta o amenazaba con su navaja a los que podían sospechar algo. Luego de cada robo ambos salían del vagón haciéndose los distraídos. Eran un equipo semi profesional, que funcionaba muy bien. Nunca habían dañado a nadie, pocas veces la gente se había dado cuenta, y aún en esos casos huyeron sin problemas, aunque a veces sin el botín. Las cosas robadas las llevaban a la villa para entregarlas al jefe de la banda, un tal "Macaco". Estaban un poco sorprendidos porque el tren entero venía casi vacío y no podían creer que no iban a poder "trabajar" hasta dentro de un rato. Sin embargo, no perdían el humor y trataban de pasarla bien. Una de las formas de pasarla bien era burlarse de Joao.

- Che, este no debe escuchar nada, ¿no?- Dijo la Pulga

- Olvidate, este negro no existe. Que escuche si quiere, tiene cara de negro maricón, jajaja- Dijo a viva voz el Muñeco.

- Si estuviera la Bruja ya lo cargaríamos de lo lindo. Vos no tenés imaginación.

- Que te pasa, tarado- dijo el Muñeco. - Ahora mismo puedo imaginarte con la cara rota, no me hagás poner nervioso.

- Che, que buena que está la mina esa, ¿Eh?- Dijo la Pulga, cambiando de tema. - Que linda es y qué cara de guerrera que tiene. Cómo le deben gustar los hombres.

- A mí me gusta la de al lado.

- Sí, tiene unas piernas infernales. Un bomboncito. Cómo me gustaría toquetearla un poquito.

- Yo le haría de todo a esa perra. Si casi está en bolas.

Javier intentó comunicarse con la oficina ahora que estaban en la estación, donde siempre había buena señal. No hubo caso. Preocupado, le pidió el celular a su mujer. Tampoco funcionaba, no había línea.

- ¿Qué pasará? Estos de Movistar tienen muy buena señal siempre, aún acá, bajo tierra. Es muy extraño.

- Debe ser algún problema con la antena. No es la primera vez que pasa.- Dijo Clara, todavía molesta porque su marido no la dejaba dormir. -Quedate tranquilo, intentá de nuevo cuando estemos en la Plaza de Mayo, total vamos a llegar allí antes de comenzar el horario de trabajo.

- No sé. Si sigue así parado en cada estación dos o tres minutos y en medio de los túneles cinco minutos no llegamos más.

- Vamos, aprovechá a dormir, que después nos espera un día largo y pesado.

- Para vos es fácil. Yo tengo que dar mil explicaciones al Turco. No sabés lo pesado que se pone cuando llego tarde. No me deja tranquilo y me molesta por el resto del día. Cómo si nunca le cumpliera.

Mientras hablaba Javier, María Clara pensaba que su marido era un ser demasiado egoísta. -Si al menos me dejara dormir un ratito, es un plomo. Siempre los asuntos de él son más importantes que los míos, es más, lo mío no cuenta, es fácil, tonto, soy una pretenciosa. Pero ya me cansó. Espero que nos separemos pronto para ir a nuestros trabajos. Me parece que esta noche no vuelvo a casa. Qué bueno sería no verlo por un buen tiempo, ya se me hace muy desagradable.

Javier terminó de hablar y la miró. No tenía buen semblante, estaba pálida, ojerosa, y muy seria.

- ¿Qué te pasa? - Pregunto, pero más que una pregunta parecía un reto. El reto, el bien lo sabía, era que ella le dijese de una vez por todas lo que sentía. Él lo sabía, o al menos se lo imaginaba. Hacía mucho tiempo que ella lo miraba con recelo, que no lo escuchaba, que no tenía siquiera un gesto cariñoso con él. Estaba harto, cansado de soportar sus silencios, sus gestos, sus huídas cuando él quería hablarle o siquiera intentar un acercamiento.

- Nada. Dejame dormir.-

- Y cómo vas a dormir con lo mal que anda el subte y con la realidad que dice que vas a llegar tarde al trabajo.-

- Ya te dije que yo no tengo problemas con eso. Por favor, necesito dormir.- Clara dio vuelta la cara hacia la ventanilla y cerró los ojos. Estaba muy fastidiosa, y no quería que Javier dijera una sola palabra más. Pero sabía que no lo iba a poder evitar, que tarde o temprano él iba a volver a hablar, molestándola. Fastidiándola, como siempre.

Javier iba a contestar, pero miró al asiento del costado y se puso a contemplar las piernas de la mujer del vestido floreado. -Qué bien que está, -se dijo a sí mismo,- esa es una mina que vale la pena. Tiene unas piernas increíbles. Estaría bueno que pudiera levantármela así me saco a esta de encima. Lástima que esta otra se sentó a su lado, me tapa la cara, no puedo siquiera mirarle esos ojos preciosos.

Antonio no podía dormir con el subte tan lento, que paraba tan seguido. Faltaba el aire y era fácil

adormilarse, pero lo que es dormir, dormir, no podía. Se puso a mirar a la mamá del niño. Es una linda mujer, ya grande, con su mejor momento ya pasado, pero linda al fin. Sin dudas está desperdiciada, el marido, la comida, el trabajo, la ropa y tantas otras cosas. Tiene ojeras, lógico, con tanto esfuerzo. Y el pelo teñido demasiadas veces, bastante arruinado. Pero lo compensa con esos ojos grandes, una nariz recta muy noble y una expresión entre ausente y resignada que le daba un aire de importancia, y la transformaba en un miembro de una clase especial de los seres humanos: la de los que resignan su vida a favor de otro u otros. Ese otro, era muy evidente, lo tenía a su lado.

Volvió a observar a la mujer que tenía enfrente. Se dio cuenta de que Nico era un niño feliz. Dibujaba piruetas en el aire con sus manos y hablaba solo, señal de que inventaba una aventura. Antonio pensó que hubiese sido muy lindo tener una mujer así, para que se ocupara de uno como esa madre se ocupa de su hijo. Había perdido a su madre de muy pequeño, por lo tanto no sabía lo que era ser mimado. O no lo supo hasta que tuvo la primera novia. Su mujer. Que ahora se había transformado en una bruja hecha y derecha. Estaba gorda, canosa, le salían pelos por todas partes, pero lo peor de todo era su carácter, antes alegre, ahora hosco, cuando no lo peleaba se dedicaba a cultivar la indiferencia. Escapaba de él.

Poco a poco Antonio, sin darse cuenta, se fue adormilando y dejó esos pensamientos para otro momento.

Martina miró de reojo a los chicos que subieron en la última estación. - Qué tontos son, la miran a ésta, que ni bolilla les va a dar.- Pensó, no sin algo de rencor. - Y le miran las piernas, qué descarados.-

Casi sin proponérselo, como un efecto reflejo, Martina cruzó sus piernas lenta pero con un movimiento muy amplio. Con ello logró mostrar todo lo que tenía a los chicos, que aunque estaban algo alejados la miraron con curiosidad.

- Viste, esa chica quiere que le hagan mimos.- Dijo la Pulga

- Si. Cambiemos de asiento, vamos a sentarnos delante de ella.-

- No, pará. Si hay algo que no quiero es llamar la atención. Tenemos que ser profesionales.-

El Muñeco miró a su compañero con expresión de no entender. Esa expresión era sinónimo de problemas y la Pulga lo sabía.

- ¿Qué somos, Muñeco? ¿Qué somos nosotros?

- Ladrones, tarado, que vamos a ser?

- Bueno, en realidad, por ahora sólo somos pungas. ¿Entendés? Apenas nos dedicamos a robar cosas a gente que anda distraída en el subte. Pero, si lo hacemos bien, podemos llegar mucho más lejos.

- Yo no quiero llegar a ningún lado, quiero levantarme esa minita.

- Tranquilo, yo te voy a explicar: si hacemos lío, como me imagino que va a pasar si nos acercamos a esa chica, se nos acaba el curro del subte. Yo no quiero estar en un subte toda la vida, hay cosas mejores, pero para que te elijan tenés que tener más éxito, robar mucha guita. Así el jefe nos puede dar trabajos mejores, qué se yo, casas, autos, depósitos, donde haya más guita.- Mientras hablaba la Pulga transpiraba todavía más de lo que lo había hecho hasta ahora. Notaba que el Muñeco no lo miraba, y no estaba seguro de que lo escuchara.

- Dejá de hablar boludeces. ¿Venís conmigo o te vas a quedar acá sólo como un tarado?

Cuando se iba a levantar el Muñeco se topó con las enormes manos del negro que tenía enfrente. Sorprendido porque el negro lo había parado con una mano en el pecho, lo miró de forma furibunda. Pero la Pulga, que conocía a su compañero demasiado bien como para imaginarse lo que iba a hacer, se le adelantó.

- Tranquilo negro.- Despacio separó la mano del pecho de su amigo.- No te metás con nosotros, no tenemos nada contra vos.- A pesar de todo, la expresión de la Pulga era de preocupación. Porque conocía demasiado bien a su amigo. Por eso lo empujó hacia el asiento de la chica antes de que pudiera quejarse.

- No me empujés, che. No le doy a ese negro hijo de puta porque quiero levantarme la minita. Pero no me voy a olvidar de su cara, te lo prometo.

Mientras caminaban por el pasillo, la mano del negro se posó sobre el hombro del Muñeco.

- Volvé a tu asiento, si no querés tener problemas.- Dijo el negro con su notorio acento portugués brasileiro.

- No me jodas. Volvé vos o te hago boleta.

Casi apenas terminó de hablar el Muñeco sufrió el golpe del negro. Había sido tan rápido como un rayo y le había dado con el canto de la mano en el cuello, dejándolo casi sin poder respirar. Luego lo tomó del brazo sin preocuparse de la Pulga, y lo sentó enfrente de él. La Pulga se sentó obediente al lado de su amigo, preocupado por su expresión de ahogo y el semblante pálido.

- No pasa nada,- dijo Joao, -se va a poner bien en un minuto.

- ¿Se va a poner bien? Te va a matar, negro, bajate ya, aprovechá que no arrancó todavía este subte de mierda.

El negro rió. Todavía estaba con los auriculares puestos, pero debía tener el volumen bien bajo, porque escuchaba todo. Después de unos instantes dijo:

- Si me ataca, es hombre muerto. Soy experto en artes marciales, en eso no me gana nadie. Podés atacarme con un cuchillo y no me vas a tocar. Estaré atento, pero que se cuide. Y no se vayan de acá. No quiero que molesten a la gente que viaja.

- ¿Pero de dónde saliste? ¿De una película de acción? No queremos problemas ni vamos a molestar a nadie. Pero no nos jodas a nosotros, ¿entendiste?

Joao contestó con cara de pocos amigos: - Okei.-

El subte arrancó de nuevo, pero, para sorpresa de todos, lo hizo hacia atrás. Despacio, muy lento, comenzó a moverse en dirección hacia la estación Flores, que ya habían pasado. Para la gente que ocupaba ese ahora último vagón fue como un golpe. Todos abrieron los ojos, se miraron, de reojo, de frente, reflejados en el espejo. Todos tenían caras de asombro. Menos el dormilón, que todavía no se daba cuenta de nada.

Pasaron varios segundos hasta que el tren se detuvo. Pronto la tensión se relajó, todos se miraron sonrientes, como si dijeran: "Acá no ha pasado nada, sólo fue un susto", o cosas por el estilo. Pero habían quedado otra vez en medio del túnel, cosa que a nadie le gustaba. El calor era cada vez más

salvaje. Todos, sin excepción, estaban molestos y transpirados cada vez en mayor medida.

Antonio se dirigió a quien tenía enfrente, Katerina, para sacarse la bronca:

- No puede ser tan malo este servicio. Es una vergüenza. El Estado tendría que sacarles la concesión. Son unos vulgares ladrones, que se llevan nuestra plata y no ponen un peso en mantenimiento. Y ni hablar de hacer nuevas cosas.

-Tiene razón, - dijo Katerina, mientras miraba al escultor con curiosidad, y de reojo a su hijo que se movía inquieto en el asiento, espantado con la idea de los zánganos.- Quizás si todos protestáramos y escribiéramos en el libro de quejas...

- Pero no, a eso nadie le da importancia. Yo escribí hace unos meses por un asunto parecido, cuando llegué tarde por cuarta vez por culpa de estos inútiles, y me mandaron una carta modelo que incluía una especie de ambigua disculpa y las proyecciones sobre el brillante futuro de la compañía. Una vergüenza.

- Tiene razón, es una vergüenza. Lástima que ya estamos acostumbrados. Todo anda igual en Buenos Aires. - Ahora Katerina se preocupaba por Nico porque lo veía hacer gestos cada vez más ampulosos.

- Parece que su hijo lo toma muy bien. Mire cómo juega.- Y ya dirigiéndose a Nico, el escultor le preguntó:

- ¿Estás peleando con alguien?-

- Con los zánganos. Estoy seguro de que nos van a invadir, por eso hacen parar el subte en medio de los túneles. Practico para matarlos.-

- Ah, muy bien. ¿Y cómo son los zánganos?

- Son muy inteligentes. Se transforman en bichos muy chiquitos para esconderse y que no los vean. Por eso los guardas del subte no se dan cuenta de que estamos rodeados. Después, al mezclarse con nosotros, toman forma de semi hombres monstruos, con una fuerza increíble. Va a ser muy difícil vencerlos.

- Bueno, confiemos en que los guardas se den cuenta.

- No lo creo. Son todos tontos. Por eso son guardas y no otra cosa.

- ¿Otra cosa? Como qué?

- No sé, ingenieros, doctores, arquitectos. ¿Usted qué es?

La pregunta lo tomó tan de sorpresa que no contestó de inmediato, atacado por una tos nerviosa. Beraldi nunca estaba preparado para tratar con niños. Aunque era cariñoso no llegaba a entenderlos.

- Soy escultor.

- ¿Y qué es eso? ¿Hace estatuas?

- Entre otras cosas. Sí. Se trata de expresar sentimientos a través de las formas. Pueden ser formas abstractas, humanas, y de muchas otras cosas. Es una profesión que crea muchos disgustos, porque en general la gente no comprende nuestros trabajos.

- A mí me gustan mucho las estatuas. Me gusta mirarlas, son lindas.

- Que bueno, eso habla muy bien de vos. La música, la escultura, la literatura, son ramas del arte que mucha gente no entiende.

- Es un niño muy sensible,- intervino Katerina, que notaba que con la conversación se olvidaba de que estaban en el túnel muertos de calor- el padre es músico de la orquesta estable del Teatro Colón. Toca el oboe, y lo hace muy bien. Y yo soy redactora, así que algo escribo.

- Que bien, ¿redacta en alguna revista?-

- Si, es una revista de actualidad política, pero independiente y nada pretenciosa. Me lleva muchas horas al día, incluso escribo desde casa muchas veces.-

- Claro, con semejantes padres, el niño ha salido sensible al arte. Eso me gusta.- Y luego agregó dirigiéndose a Nico:

- Espero que no pierdas nunca tu sensibilidad. Porque el arte se aprecia con sensibilidad, ¿sabías? No con inteligencia ni con conocimientos. Sólo la gente sensible puede apreciarlo.

Nico escuchaba muy atento. Le agradaba ese señor, aunque no entendía del todo lo que le decía. Pero se notaba que era un buen hombre, y su madre siempre le decía que había pocos buenos hombres en este mundo. Lástima que era muy viejo. A Nico la gente vieja le daba pena, aún no sabía por qué. Se dio cuenta debido a su fino instinto de que si charlaban con él a su mamá se le iban los nervios. Porque había notado que antes su mamá estaba nerviosa, porque iba a llegar tarde a la escuela, al trabajo, a todos lados, con todas las cosas que ella tenía que hacer. Menos mal que estaba el escultor.

- Señor, usted cree en los zánganos.

- No lo sé. A mí me gusta creer en las cosas que veo. Yo espero no verlos nunca.

- Yo tampoco, pero que existen, existen.

Beraldi posó su vista en el negro y los dos muchachos que éste tenía enfrente. Se había dado cuenta del breve altercado y estaba atento a ver si ocurría algo, aún mientras charlaba con el niño. Pero ahora todo parecía tranquilo.

De nuevo el tren comenzó a moverse, pero para mayor inquietud del pasaje siguió su camino hacia atrás. Todo el mundo se quedó en silencio. Las miradas iban de la sorpresa al sobresalto. Beraldi pensó que de ahí al miedo colectivo había un solo paso. Sonrió con seguridad al niño. Pero ahora la velocidad aumentaba. La señora Amalia fue la primera que encendió la alarma:

- Y si viene uno detrás nuestro, vamos a chocar.- Dijo con un rostro marcado por el miedo.

Beraldi creyó conveniente intervenir. Con su mejor voz en cuello gritó:

- Todos, agárrense bien en sus asientos. Por las dudas, nomás.

Todos le hicieron caso sin chistar. Martina además de agarrarse de su asiento tomó muy fuerte el brazo de Mariela, que no se opuso, por el contrario, trató de dedicarle a su compañera de asiento una sonrisa despreocupada. No lo logró.

María Clara abrazó a su marido aún a pesar de que no quería tenerlo cerca, pero el miedo pudo más

y lo tomó del cuello mientras éste se agarraba con su mano muy firme de su asiento.

Katerina abrazó a Nicolás, que le decía al oído que los culpables de todo eran los zánganos, que nos esperaban en la estación anterior para destruirnos. Katerina estaba muerta de miedo, el subte tomaba más velocidad y temía más que nada por su hijo, por eso lo cubrió con un fuerte abrazo y trató de que no quedaran partes de su cuerpo expuestas a los golpes.

Por su parte, Rodrigo, Gastón y Juan Pablo se aferraron a sus asientos con toda su fuerza, aunque ellos miraban todo con cara de divertidos, quien sabe porqué. Juan Pablo comentó en voz alta:

- Esto es increíble. No me van a creer en la oficina.-

- No, dijo Gastón, a nosotros tampoco nos van a creer en la escuela, salvo que nos estrellemos con el tren que debería venir detrás de nosotros y nos matemos todos.

- Este es ahora el último vagón del subte,- intervino Rodrigo,- y no creo que haya trenes detrás nuestro. Espero que no llegemos de nuevo a la estación Nazca.

- Perdé cuidado que si viene uno detrás a esta velocidad nos vamos a hacer torta.

Joao se había agarrado de su asiento pero su cara estaba impasible mientras vigilaba a los dos muchachos que tenía enfrente. La Pulga y el Muñeco estaban pálidos, pero mucho más este último. Joao le dijo:

- Mirá que sos flojo, ¿eh?

Con toda la furia de su impotencia el Muñeco de dijo bajito a su compañero:

- Este negro no va a salir vivo de aquí. Te lo juro.

- Dejate de joder.- Respondió la Pulga. - Lo único que nos falta es que nos persigan por asesinato. Calmate. Ahora cuando todo pase nos mudamos de vagón y listo.

- Mudate vos, si querés.

En ese instante el tren se detuvo de manera violenta. Gracias a la advertencia de Beraldi todos se mantuvieron firmes en sus asientos, salvo el dormilón, de quien nadie se había acordado.

Con el dormilón desparramado en el pasillo de ese último vagón, todos los pasajeros quedaron por un instante demasiado aturdidos. Como detenidos en el tiempo y en el espacio, todos se quedaron inmóviles, sin habla, sin reacción. Gotas de sudor caían por sus frentes, se formaban alrededor de sus cuellos, en los bigotes de hombres y mujeres, sus pieles brillaban, sus ojos ni siquiera parpadeaban. El miedo, apenas un instante después del increíble suceso, hizo presa de cada uno de ellos.

La luz brilló con menor intensidad, luego vibró, y por fin dejó de alumbrar. Se hizo un aterrador silencio que duró segundos y que fue interrumpido por una voz anónima que dijo:

- Lo que nos faltaba. Que nadie se mueva, no queremos accidentes.

Por unos instantes se escuchó la respiración entrecortada y nerviosa de los pocos ocupantes de ese último vagón. Nadie dijo una palabra, nadie hizo ningún ruido, nadie entró en pánico. Se escuchaban algunas voces lejanas, y hasta algún grito de una mujer alarmada. La atmósfera se hizo más pesada y la falta de aire comenzó a embriagar a los pasajeros. Pero nadie reparaba ahora en el calor, ya que

la falta de luz los alarmaba y asustaba aún más.

Mariela notó que su compañera de banco la apretaba con fuerza, y pronto la abrazó. Temblaba. Por su parte no se negó al abrazo ni a la protección, le acarició el pelo y la cara y pudo notar que lloraba. Puso su boca muy cerca del oído de su protegida y susurró:

- No te preocupes, nada va a pasarnos.- Luego de hablar sintió un leve estremecimiento en su compañera, que no respondió.

María Clara no soportaba que su marido la protegiera. Rechazó su abrazo suavemente, porque nunca supo ser agresiva, pero de manera firme. El, por su parte, le dijo al oído:

- No seas mala, vení que yo también tengo miedo.

La respuesta de Clara fue un "No me jodas" que, aunque susurrado, fue escuchado por parte de los pasajeros.

- ¿Que pasa ahí? ¿Tienen algún problema?- Fueron las dos preguntas que Beraldi hizo en voz alta, rompiendo el silencio.

- Nada,- dijo Clara. No se preocupen, estamos bien.

- Mejor así. El que tenga algún inconveniente que grite. No se ve nada, pero algo vamos a poder hacer. Por ahora que nadie se mueva, es peligroso. Manténganse en sus lugares, para evitar problemas.

La luz volvió unos segundos después. No era de mucha intensidad, pero servía para mostrar la cara de asustados que todos tenían, con excepción de Beraldi, el negro y los dos pugas, los cuales miraban de forma agresiva a todo el mundo, atentos los dos primeros a cualquier posible golpe de los amigos de lo ajeno, y los dos últimos en plan contrario.

Beraldi observó a Katerina que abrazaba a su hijo con tanta intensidad que su cara no pudo menos que enternecerse. - Debe ser una gran madre.- Pensó.

-Ya está, relájese, no lo deja respirar.

Katerina le sonrió. El niño estaba feliz a pesar de todo.

- Esto es culpa de los zánganos. Pronto nos van a atacar.- Le dijo Nico a Beraldi.

- Que vengan, los espero para noquearlos.- Dijo Antonio, mientras hacía gestos de boxeador experimentado.

Gastón hizo un gesto de preocupación y comenzó una conversación en voz baja con su amigo Rodrigo.

- ¿Qué vamos a hacer ahora?

- No sé. Supongo que esperar a que este monstruo arranque de una vez por todas de forma normal.

- Me parece muy extraño todo esto. Ir para atrás, luces que se apagan, detenernos en medio del túnel.

- No es tan raro. El subte tiene un pésimo servicio, empezando por el de la ventilación, que no existe.

- Si. Con el susto de recién me olvidé del calor, pero ahora me di cuenta de que transpiré todo este tiempo. Esto es un baño sauna.

- Espero que todo se solucione pronto.

Juan Pablo, que los escuchaba con atención, decidió intervenir en este punto:

- Creo que debemos hacer algo.

- ¿Algo como qué?- Preguntó Rodrigo.

- Salir afuera, por ejemplo.

- Debe ser peligroso. En todos lados hay carteles que dan instrucciones por si sucede algo así y en todos dice que hay que esperar al personal de la empresa.- Rodrigo siempre era partidario de ubicarse dentro de las normas legales, posición que no era muy compartida por Gastón, que necesitaba reafirmar esa diferencia. Por eso este último dijo:

- Creo que tiene razón el amigo. Hay que hacer algo. No nos podemos quedar acá a esperar a ver qué pasa. Esto es patético, menos mal que somos pocos, de otra forma no tendríamos ni siquiera un poco de aire para compartir.

- ¿Porqué no salimos vos y yo,- dijo Juan Pablo a Gastón- y vamos a buscar ayuda. Aunque sea podemos salir para ver qué hacen en otros vagones.

- Vamos.- Dijo Gastón de Inmediato.

- Yo voy también.- Dijo Rodrigo, que no estaba de acuerdo pero no le gustaba la idea de perderse una aventura, además de soportar las cargadas de su amigo si no iba.

La ventana más cercana a ellos era la más segura para salir, porque daba a la pared externa del túnel, y tenía una distancia de dos metros por la cual podrían caminar sin problemas, aunque el suelo fuera algo húmedo y resbaladizo, según opinión de los tres. Fue Gastón el primero en asomarse y comenzar el intento de salir. En cuanto lo vio Beraldi le pegó el grito:

- ¿Qué hacés, pibe? ¿Adónde vas?

- Voy por ayuda, con mis amigos. Ustedes esperen y los rescataremos.

- Un momento. ¿Quién les pidió ayuda? Ustedes no salen de acá.

- Y quién lo va a impedir, ¿usted, viejo?- Dijo Juan Pablo, con aire amenazante.

Antonio Beraldi se sintió indignado pero decidió demostrar lo contrario. No se inmutó y con voz grave y templada inició el contraataque:

- ¿No se dan cuenta de que allí afuera está todo electrificado? No quiero que se lastimen por algo que no vale la pena. Esperemos un rato. No perdemos nada con eso. Afuera hay todo un armado eléctrico que no conocemos y hay que andar con mucho cuidado. Mejor démosle tiempo a estos tipos para que arreglen lo que ande mal.

- Qué van a arreglar.- Dijo Juan Pablo, con expresión de escepticismo.- Son unos inservibles. Pero podemos esperar un rato, no hay problema. No mucho. ¿Cuánto esperaría usted?

- No sé,- dijo Beraldi- ¿media hora les parece bien?

- Es demasiado. Nos vamos a morir de calor. Ya no hay aire, esto es el infierno. Vea las caras de la gente, están mal, sofocados,

- Tiene razón. Me siento muy mal.- Dijo Amalia en tono grave y solemne.- No quiero que arriesguen sus vidas, pero si tienen ganas de salir a investigar, no veo por qué no lo van a hacer.

- Si. Yo también estoy preocupada y me siento mal.- Dijo Katerina.- Tampoco quiero que corran mucho riesgo, pero hasta donde puedan, me gustaría que averiguaran que pasó.

- Quizás venga alguien de la empresa.- Intervino Beraldi.

- No sea iluso.- Le espetó Juan Pablo.

- Soy prudente. Los años no vienen solos. Traen la vejez pero también la experiencia. ¿Podemos esperar unos quince minutos?

- De acuerdo. Sólo quince.

Se hizo de nuevo el silencio. La discusión había sido algo áspera pero siempre en buenos términos. Gastón y Rodrigo alabaron a su nuevo amigo y dijeron que lo iban a secundar. Juan Pablo estaba orgulloso de sí mismo. No en vano era un jefe de oficina, aún a su corta edad. Porque sabía dirigir gente.

Mientras tanto, Mariela trataba de hablar por celular. Martina todavía estaba abrazada a ella, y parecía no querer soltarla, aunque no decía una palabra. Con un poco de esfuerzo Mariela logró soltar un brazo, tomar su celular, y marcar el número de su trabajo. No tenía suerte, la línea parecía muerta.

- No te esfuerces, no hay línea acá abajo. Ya lo intenté.- Javier, desatendido por María Clara, aburrido y algo abatido, trataba de tener una conversación algo más estimulante con la chica más bella del vagón. Pero Mariela no pensaba lo mismo, ni lo quería, así que le dio vuelta la cara y no le contestó. Trató de comunicarse de nuevo. No tuvo suerte.

De pronto Antonio Beraldi vio algo que se movía. El dormilón estaba tirado en el suelo, con un tremendo golpe en la cabeza que sangraba, lo que dio al grupo un motivo para salir de ese mundo detenido e inmóvil que los había atrapado. -¿Cómo nadie se dio cuenta de esto?- Pensó. Beraldi corrió a auxiliar al pobre desdichado.

- Ayúdenme, este hombre se golpeó muy feo.- Gritó.

De inmediato Gastón y Rodrigo se pusieron a su lado, aunque no tenían ni idea de lo que tenían que hacer. Juan Pablo y los demás no se movieron de sus asientos.

- A ver muchachos, ayúdenme a levantarlo y a sentarlo en este asiento.-

Una vez acomodado en su asiento, Beraldi miró la herida de la cabeza. Parecía superficial, era sobre la oreja derecha, pero todavía sangraba.

- ¿Alguien tiene alcohol o algo parecido?- Preguntó a todos en general. Nadie respondió.

- Bueno, muchachos,- dijo Antonio, preocupado- creo que llegó la hora de salir del vagón. Este hombre no está grave, pero no podemos dejarlo sin atención. Por favor, salgan ahora y vuelvan con

ayuda.

Juan Pablo, con aire de haber ganado una difícil batalla, comenzó a prepararse para saltar la ventana, pero pronto surgió una dura competencia.

- No te movás, pibe. Vamos nosotros. Salimos y venimos en diez minutos.

Había hablado el Muñeco, con tono prepotente y agresivo, pero que a Beraldi le sonó sincero.

- Está bien. Vayan ustedes. Pero vuelvan rápido.

- No tenemos guita.- Dijo el Muñeco mientras miraba a Beraldi con un raro extravío en sus ojos.

Antonio Beraldi metió la mano en el bolsillo y le dio veinte pesos.

- Esos te van a afanar la plata, no se da cuenta señor. Por favor, es un miserable robo.

- Vos callate porque te parto la cabeza.- Comenzó a decir el Muñeco como en un ataque de furia, pero fue interrumpido por la Pulga, que lo tomó de los brazos.

- Vamos y venimos. Lo demás lo arreglamos después.

- Está bien,- dijo Beraldi- váyanse ya. Traigan alcohol y algodón, y si pueden traigan también alguna noticia de cómo va el asunto este del subte.

El Muñeco primero y la Pulga después salieron por la ventana y empezaron a caminar hacia la estación Nazca. No se veía a otras personas que caminaran sobre las vías, sólo a los dos muchachos, que a juicio de la mayoría de los ocupantes del vagón no eran de confiar.

- Por mí no se preocupen estoy bien,- dijo al fin el dormilón.- Mi nombre es Nicolás. Nicolás Almanza. Soy fotógrafo.

Era un hombre alto, de buen físico, de unos cuarenta y tantos años. Su voz era profunda, expresaba tranquilidad y serenidad. Metió la mano en su bolso y extrajo una muy buena máquina fotográfica Canon digital, con un lente enorme, que debía salir una pequeña fortuna.

- No puedo resistir la tentación de sacar fotos, si ustedes no se oponen.

- Lo único que nos faltaba, con el calor y los nervios, tener que soportar que alguien nos saque fotografías.- Dijo Amalia con cara de pocos amigos, e hizo un gesto bastante grosero para una señora.

- No se haga problema, señora, sólo le saco a quien me dé su permiso. Hágame el favor de sentarse allá y no saldrá en ninguna foto.

- Es usted muy amable y correcto, señor Almanza.

Me alegro que lo aprecie. Ahora disculpen todos, voy a sacar algunas fotografías, pero no se preocupen en posar o en sonreír, quiero que salgan de manera natural.

Beraldi, que lo miraba extrañado, le preguntó con evidente curiosidad:

- Disculpe usted, Almanza, no sé si se dio cuenta de que estamos en una situación algo delicada. Estamos en medio de un túnel, el subte llegó hasta acá mientras emprendía una alocada carrera en reversa, y cuando paró, usted, que estaba muy sumergido en un sueño, se cayó y se golpeó la cabeza.

- Si, ya veo. Es una situación particular, pero no creo que sea peligrosa. Debe creer que el golpe me afectó pero yo soy así, cuando tengo ganas de sacar fotografías las saco, eso sí, siempre pido permiso. Para mí no hay otra forma. Usted, ¿Cómo se llama?

Comenzó entonces Nicolás Almanza con una serie de presentaciones hasta que conoció a todos y a todos estrechó su mano con firmeza.

- Ahora, si me disculpan, voy a comenzar la sesión.

- Pero todavía sangra y esa herida hay que curarla. Dos muchachos han salido para comprar algo de alcohol y algodón.

- Les agradezco mucho la preocupación. A decir verdad estoy algo mareado, pero bien. En verdad, estoy bien. Ya me curaré la herida cuando vengan los muchachos. Aunque por sus expresiones no creo que regresen.

Cuando estaba por sacar la primera foto el tren volvió a moverse. Lo hizo despacio, hacia atrás, como ya a nadie sorprendió. Pero el lío que se armó fue bastante más grande que la otra vez, al acelerar el tren varios se cayeron, incluido Nicolás Almanza, Antonio Beraldi, Juan Pablo, Gastón y Rodrigo. Estos últimos tres cayeron entrelazados, ya que en el momento en el que el subte se puso en marcha estaban parados y juntos porque comenzaban a posar para las fotos.

El tren siguió hasta la estación Flores sin encontrar otros trenes en su camino, pero lo raro de todo esto es que atravesó la estación marchando cada vez más fuerte y volvió a internarse en el túnel en dirección a la terminal, Nazca. Segundo a segundo aceleraba cada vez más.

- Agárrense fuerte, todos, gritó Beraldi en cuanto pudo sentarse y afirmarse en su asiento. A su lado se sentó Nicolás Almanza, que sostenía de manera empecinada con su mano derecha la cámara de fotos.

- Deje esa cámara en su bolso y agárrese fuerte con las dos manos.- Lo retó Antonio Beraldi.

Nicolás no dijo nada, metió la cámara en el bolso a las apuradas pero siguió sosteniendo el bolso con su mano derecha y tomándose del asiento con la izquierda.

- Veo que es cabeza dura, ya se pegó dos golpes, no quiere un tercero, ¿verdad?- Gritó Beraldi, en medio del ruido ensordecedor de las ruedas de subte sobre las vías.

Nicolás colgó el bolso de su cuello y luego sí, se agarró fuerte con las dos manos. Justo a tiempo para sostenerse en el momento en que el tren paró con extrema violencia de nuevo en medio del túnel.

- ¿Están todos bien?,- gritó Antonio Beraldi, y luego de unos segundos evaluando las respuestas agregó,- veo que sí, por suerte.

- Podríamos parar alguna vez en una estación así bajaríamos todos.- Katerina estaba asustada y su voz sonaba histérica. Tenía a Nico agarrado tan fuerte que Beraldi sintió miedo por él. Pero Nico no se quejaba.

- Tranquila, no va a pasar nada. Este desperfecto tiene que ser solucionado de inmediato. Imagínese que miles y miles de personas dependen de este medio de transporte. Todos se van a quejar.

- No es por desilusionarlo, pero me pareció, es una impresión bastante viva, que al pasar por la estación de Flores no había nadie.- Dijo Juan Pablo con evidente preocupación.

- Por Dios, no puede ser, ¿usted dice que estamos abandonados acá en medio del túnel con un conductor medio loco?

- No, yo no quiero decir nada, sólo les transmito mi visión de que la estación estaba abandonada.

- Es cierto, yo miré curioso porque pensé que habría cientos de personas malhumoradas por el subte parado y no vi a nadie. Estoy seguro. - Había hablado Javier, molesto por no poder usar el celular, por llegar tarde al trabajo, por todos estos inconvenientes y en especial porque María Clara seguía sin prestarle atención.

- Vaya a saber de qué manera podremos solucionar esto.- Dijo Beraldi.

En el momento en que Juan Pablo, Antonio, Javier, Gastón y Rodrigo se juntaron para encontrar una solución al problema, Nicolás Almanza comenzó su serie de fotografías. Nicolás pensaba que era una bendición tener una ocupación como la suya, porque evitaba que le hicieran preguntas molestas sobre soluciones a problemas difíciles, porque lo miraban con simpatía, ya que después de todo los retrataba, y porque podía abstraerse de esa enojosa situación que vivían en esos momentos. Las primeras fotos las sacó al grupo que debatía sobre las acciones a seguir, pero pronto encontró una mejor modelo en Katerina, que se había relajado porque Nico le contaba que se sentía muy bien. Katerina era una belleza para fotografiar, un rostro que de inmediato atraía. Los años y el cansancio por sus numerosas actividades, que Nicolás Almanza pronto imaginó, le habían dado una dignidad incomparable. Cada arruga era una historia diferente, cada sombra sobre ese bello rostro era una experiencia enriquecedora, y la expresión, sublime, de resignación a una vida de actividades para favorecer a otros, era encantadora. El color de su piel era de un rosado suave y frágil y eludía toda combinación con el advenedizo amarillo de los enfermos. Sus ojos, antes no lo había notado, eran una imposible combinación del marrón más exquisito con el verde más etéreo, y para las fotografías los abría mucho pero sin que quedaran con formas artificiales, lo que resultaba en dos enormes y bellísimas bolas de felicidad para un fotógrafo como él. Tomó varias fotos de Katerina, sola y con Nico, alguna del niño solo, y luego giró hacia la otra parte del vagón. Encontró a María Clara con una tristeza tan profunda que lo conmovió. Se preguntó por qué el marido no se había dado cuenta, porque si lo hubiese hecho no hablaría con los demás. María Clara no le sonrió. Pero era muy joven, y bella. Fotografiaba muy bien, sus ojos tristes dejaban una muy buena impresión en la cámara. El visor de la Canon le mostraba a una casi niña desvelada y molesta, pero serena. Su mirada tenía una profundidad que pocas veces había podido ver. Nicolás se dio vuelta y comenzó a sacar a las dos mujeres que estaban tomadas del brazo. La niña, desafiante, miraba con una intensidad profunda pero agresiva. La de al lado, en cambio, era de un rostro precioso, alegre, pero que dejaba ver que estaba asustada. En medio de la sesión de fotos Martina soltó el brazo de Mariela, pero a cambio tomó su mano. Para las últimas fotos acercó su mejilla a la de su compañera de asiento, y para la última le dio un beso en la mejilla muy cerca de la comisura de la boca. Mariela no movió su rostro, entonces, y Nicolás pronto daba la vuelta buscando otros modelos, Martina le pidió con un suave gesto una última foto, para la cual le dio a Mariela un beso muy suave e intenso a la vez, esta vez sobre los labios. Mariela tampoco movió su cabeza esta vez, y aunque no devolvió el beso dejó los labios a disposición de Martina. El resultado fue una encantadora imagen.

Unos instantes después Nicolás se acercó a Amalia, que se negó en forma terminante a ser fotografiada. Se notaba que su discurso ya estaba preparado de antemano, y lo dijo con una decisión fingida que le dio un tono exagerado. Nicolás se apresuró a decirle que él sólo les sacaba fotos a las personas interesantes, que ella era una de esas personas, y que lamentaba su decisión, y con ello logró que Amalia se ablandase y le dejara sacar "una sola, señor fotógrafo".

Luego le tocó el turno a Joao, que se había quedado solo y pensativo en el rincón más oscuro del vagón. Joao había encendido un cigarrillo y lo disfrutaba en soledad. Con gusto se dejó fotografiar

mientras sonreía y fumaba, de frente y de costado. Tenía una cabeza muy negra y muy estilizada, que podía ser la cabeza negra de miles o cientos de miles de negros del mundo. Nicolás pensó que tenía cara de africano, como si fuese del Congo. Las partes blancas de sus ojos y sus dientes destacaban demasiado en las fotos de Nicolás. Luego se sentó al lado de Joao y comenzó a revisar el visor LCD de su Canon. Todas las fotos habían sido satisfactorias, pero tenía que tener paciencia para esperar a transferirlas a su PC, ya que la única forma de constatar si eran buenas o tenían algún defecto era observándolas en el en el monitor. Le había pasado a través de los años un montón de veces que las fotos que más prometían en 3 pulgadas se veían horribles en 17 o más. El monitor de Nicolás Almanza era de 22 pulgadas, suficiente para destruir cualquier foto con algún pequeño defecto.

Entre vagón y vagón había una pequeña ventana que permitía ver hacia el vagón de al lado. Nicolás miró hacia esa ventana y se dio cuenta de que estaba demasiado sucia como para dejar ver una buena imagen. -Me gustaría sacar unas fotos a los vecinos desde acá pero con ese vidrio tan sucio no va a quedar bien. Voy a limpiarla.- Pensó. Se acercó a la ventana y sacó su pañuelo del bolsillo. No pudo limpiar mucho, pero en cuanto se acercó a la ventana para mirar del otro lado, a pesar de que todavía había poca luz, creyó notar que el vagón de al lado estaba vacío. Miró de nuevo, y no pudo creer lo que vio: el vagón vacío por completo. Tal como estaban las cosas, parecía que eran los únicos que estaban a bordo de ese maldito subterráneo. Tenía que decírselo a todo el mundo, pero se dio cuenta de que muchos podrían entrar en pánico, muy en especial las mujeres y el niño. Por eso le hizo señas a Antonio Beraldi, que según él parecía el más templado de los pasajeros. Al verlo Antonio hizo un gesto de fastidio, pero fue a sentarse junto a él, para lo cual le hizo un gesto al negro para que se fuera. Joao se levantó sin problemas y se sentó a dos metros de allí.

- Que le pasa, Almanza, estamos en el medio de una buena discusión. ¿Sabe lo que quieren estos tontos? Quieren que salgamos todos. Y yo les digo que como están las cosas no sabemos si el subte va a arrancar de un momento a otro, no tenemos información de nada, las vías están electrificadas, y no sabemos cuál es el problema que nos retiene aquí, en medio de este túnel. Y usted, ¿qué quiere? ¿Sacarme otra foto?

- Ojalá. Lo que le voy a decir no le va a gustar. Al lado, fíjese usted mismo por la ventana, no hay nadie. Es posible que seamos los únicos que estamos en este tren.

Antonio miró a Nicolás con la mayor atención. La expresión de su interlocutor no era desesperada, ni siquiera preocupada. Le decía que estaban solos en ese subte y no se le movía un pelo. Decidió asomarse a la ventanita. Desde ese lugar comprobó sin dudas que en el coche de al lado no había nadie. Pero, ¿qué podía haber pasado? ¿Habían evacuado a todos y no les habían avisado? No era posible, ellos hubieran escuchado algo. ¿Los de al lado habían sido más audaces que ellos y se habían bajado todos al túnel? Eso podría haber pasado, pero lo extraño era que si habían tenido la audacia para salir a alguno de ellos se le debería haber ocurrido avisarles a ellos. Eso era, al menos para él, lo que debería haber sucedido. Pero no, ellos estaban solos, al menos en la parte de atrás del tren. Tenía que informarlo a los demás pasajeros.

- No se le ocurra hablarles y decirles a todos.- Le advirtió Almanza con una expresión amable y casi sonriente.

- Es que tienen que saberlo, ¿por qué no puedo contarlo? Casi todos son gente adulta y responsable.

- Pero hay una colegiala muerta de miedo colgada del brazo de una chica joven y una mamá con su hijo pequeño. No, no conviene que lo sepan, se asustarían.

- ¿Usted que quiere, que guardemos el secreto? Olvídelo.

- No, no quiero eso, digo nada más que si organizamos una fuga completa en diez minutos tenemos que estar en la estación de Flores.-

- Si, tiene razón, o en Nazca.

- Mejor Flores.

- A ver, ¿por qué mejor Flores, se puede saber? - Dijo Antonio, que ya estaba por perder la paciencia.

- Porque cuando salgamos a la calle nos vamos a encontrar en la Plaza Flores, que es un descanso verde, reposaremos unos minutos en los bancos, charlaremos tranquilos, respiraremos un hermoso aire con smog pero mucho más agradable que este, que ni aire se le puede llamar, y luego de unos minutos nos iremos cada uno a sus trabajo o adonde sea, con el ánimo mejorado. En Nazca tenemos unos preciosos restaurantes y bares, pero no creo que nadie quiera detenerse a tomar algo después de esto.

- Está bien, tiene cierta lógica.

- Bueno, ahora vuelva al grupo pero no cuente nada. Diga que yo lo convencí de la urgencia de salir pronto, organice la evacuación. Mientras tanto yo les saco algunas fotos. Por suerte este flash es espectacular, ya que acá no se ve casi nada.

Mientras hablaban Beraldi y Almanza, el grupo ya se sublevaba para decidir que tenían que salir de allí. Pero después Beraldi les comentó que Almanza lo había convencido y los demás respiraron con alivio. Todos miraron al fotógrafo con caras de agradecimiento. Nicolás aprovechó para sacarles unas bonitas fotos en ese momento de júbilo colectivo. Los muchachos se abrazaron y sonrieron felices. Posaron para la cámara de Nicolás en las más inesperadas posiciones.

Mientras tanto, Martina seguía tomada de la mano de Mariela. Pero cada vez la apretaba más. Mariela se decidió a hablarle.

- ¿Tenés miedo?

- Creo que vamos a morir.- Contestó Martina con expresión lúgubre y una mirada algo extraviada. De inmediato comenzó a acariciar el pelo de Mariela.

Mariela la miraba con ternura. En ese instante era un ser indefenso, y pensar que parecía tan dueña de sí misma cuando subió a ese vagón. Estaba segura de que por dentro la chica estaba muerta de miedo. Y en realidad no se lo había negado al hacerle la pregunta.

- Veo en esta situación como una especie de designio. Siento que el mal está presente. No puedo explicarlo. No sé qué hacer, y sólo te tengo a vos. Prométeme que no me vas a dejar sola.

- No, jamás. Pero sos muy chica para hablar así. Acá no hay ningún designio ni nada parecido. Acá lo que pasó fue que alguien no hizo bien su trabajo o se rompió algo y ahora no saben qué hacer. Siempre es lo mismo, es la impericia lo que arruina todo. Está lleno de ineptos, inútiles, gente que ocupa cargos y no sirve para nada.

Martina la miró como sin entender. Pero en seguida respondió.

- Espero que tengas razón. Yo no me asusto con facilidad, pero ahora estoy aterrada. Siento algo raro en el aire.

- Sí, claro, es que estamos por ahogarnos por la falta de aire, eso seguro. Creo que jamás en mi vida respiré una basura como esta.

- Igual creo que vamos a morir. ¿No te parece? Todo es muy extraño, y toda esa gente que discute y discute y no saben qué hacer con esta situación. Al final, nos hubiéramos ido como esos dos chicos y nadie estaría en peligro.

Joao fue el primero que lo vio. Era un hombre y estaba observándolos parado sobre las vías. No tenía aspecto de ser un trabajador del subte. De unos cuarenta años, estaba vestido con una camisa negra, jeans oscuros y zapatos negros, tenía el pelo corto, casi rapado y a pesar de la poca luz que había en ese corredor, usaba anteojos negros muy grandes. Era un hombre muy alto y fornido. Apenas lo vio, el negro corrió hacia la ventanilla para hablarle.

- Señor, ¿qué pasa acá? Esperamos un montón de tiempo que alguien venga a rescatarnos o que el subte pare en una estación. ¿Pasa algo malo?

El hombre bajó la vista y sin emitir sonido comenzó a caminar hacia la estación Flores por el costado de los vagones. Los demás ocupantes del vagón se acercaron a las ventanillas y todos le gritaron al hombre pidiéndole que se detenga y que les explique la situación, o al menos que avise a alguien que estaban allí.

- Yo me bajo a seguirlo, no aguanto más.- Dijo Juan Pablo.

- Te acompaño.- Dijeron Rodrigo y Gastón casi al mismo tiempo.

Cuando el hombre iba un par de vagones delante, los tres muchachos hicieron pie y empezaron a correrlo, pero en ese mismo instante la formación comenzó a avanzar, es decir, a retroceder, de forma muy lenta al principio. Los tres se quedaron como paralizados, sin saber qué hacer, hasta que Beraldi les gritó:

- Vamos, vuelvan, es preferible que estemos todos juntos en esto.-

Como no se decidían, y mientras Nicolás Almanza sacaba una foto tras otra, Antonio Beraldi les increpó:

- ¡Vamos, vuelvan!- Antonio se desesperaba porque sin esos tres muchachos la gente del vagón no sabría cómo hacer para decidir una acción a seguir.

Juan Pablo, que era el que más ganas tenía de alcanzar al desconocido, se volvió para mirarlo, y se dio cuenta de que había desaparecido. - Dónde se habrá metido.- Se dijo a sí mismo.

Al final entraron los tres por la ventanilla antes de que el subte tomara velocidad. El último fue Juan Pablo, que entró justo antes de que comenzara una loca carrera. El subte aceleró y en pocos instantes llegó hasta la estación Nazca, donde ahora sí, paró como corresponde.

Los pasajeros no lo podían creer. Tanta preocupación, tantos nervios, y ahora estaban por fin en una estación, a punto de salir. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que en el andén no había nadie. Miraron, entre curiosos y extrañados, y entendieron que ni siquiera estaban los guardas, la vigilancia o los que vendían pasajes. Un pensamiento más o menos lógico indicaría que habiendo pasado tanto tiempo sin salir de la terminal, ésta debería estar llena de gente, casi hasta al punto de explotar.

Maria Clara estaba muy preocupada, su rostro lo demostraba y además le temblaba el labio inferior

en un claro gesto de miedo.

- Qué nos va a pasar, esto es muy raro.- Se dijo a ella misma. Su preocupación era evidente, pero además estaba marcada por el enojo que sentía con su marido, con la vida. Mariela la miró y se dio cuenta de lo que le pasaba, pero ya tenía a Martina pegada como para tener que consolar a otra. -Que se arregle con el marido, si puede.- Pensó, no sin algo de maldad. Pronto vio que Javier venía a buscar a su esposa.

- Nos vamos, dale.- Le habló en un tono seco, apremiante.

- Con vos, a ninguna parte.-

- Si eso es lo que querés...- Dijo Javier, se dio media vuelta y volvió al grupo que comandaba Beraldi.

Antonio Beraldi les dijo a los muchachos que si no abrían las puertas esperaran unos instantes antes de salir por las ventanas.

- Fíjense si sale alguien de los otros vagones.- Ordenó.

Todos se asomaron por las ventanillas de su vagón, pero no salió nadie. Era evidente que pasaba algo muy extraño. De pronto, el subte comenzó a marchar hacia delante, con lo cual la desesperación de los pasajeros llegó a su punto máximo.

- No puede ser, ahora qué vamos a hacer, estamos otra vez en manos de algún loco que conduce la máquina. La culpa es suya,- decía Juan Pablo, mientras miraba con rencor a Beraldi,- porque siempre anda con miedo y nunca quiere que salga nadie de acá. Todos los demás ya se han ido, y nosotros estamos presos en este lugar.- No hablaba con nerviosismo, ni siquiera gritaba, pero su alocución le pegó muy duro a Antonio, que había visto en esa difícil situación en la que se encontraban un escape a sus problemas, una forma de ser útil y eficiente en la vida y un programa que lo alejaba de la rutina diaria. Se sentó, con aire cansado de derrota.

- Y vos, pará de sacar fotos, che, que me tenés podrido.- Seguía en el mismo tono bajo pero decidido Juan Pablo, mientras miraba de forma agresiva a Nicolás Almanza.

- No tiene derecho a hablarme así. Seguro que el subte va a llegar a Flores y se va a detener, va a abrir sus puertas y entonces todos vamos a bajar. Luego nos explicarán lo que ha sucedido.

- Sí, claro, yo también creo en los marcianos. Por favor, señor fotógrafo, con todo respeto creo que usted es un iluso. Lo que necesitamos es salir de acá, sea como sea, como han hecho los otros. En cuanto se detenga nos iremos de aquí. Por las ventanillas o por donde sea. Está decidido, quien quiera seguirme, que me siga.

- Como usted quiera,- dijo Beraldi, con algo de aire de víctima,- pero les digo a todos que obré por su bien, para que estemos todos protegidos en todo momento, con prudencia y cordura, como debe hacerse en estos casos.

Juan Pablo le iba a contestar pero quedó en medio de otra foto de Nicolás Almanza. Cerró un poco los ojos, se los restregó para sacarse el efecto del flash, contó hasta diez y pudo por fin hablar.

- Todos le agradecemos su preocupación. Pero al mismo tiempo le comunicamos que estaba equivocado. A veces hay que ser un poco más audaz en la vida. El que no arriesga, no gana. Está muy claro.

- Puede ser, pero la prudencia nunca está de más. Le cuento que a pesar de que me he dado cuenta de que somos los únicos pasajeros de este tren también razono que no sabemos si las personas que salieron quedaron ilesas, si salieron bien o tuvieron problemas, o incluso si ahora están en problemas.

- Y qué problemas podrían tener, por favor. Creo que usted no razona bien. El que se va, se va, y punto. Por eso no los vemos. Se fueron, o no entiende.

Refregándose el ojo izquierdo después de un agresivo disparo de flash de Nicolás Almanza, Antonio Beraldi iba a contestar pero en ese momento todos se dieron cuenta de que se aproximaban a la estación de Flores. Se hizo un profundo silencio. Dos preguntas imprescindibles volaban en el aire y estaban en cada uno de los pasajeros: la primera, ¿pararían en la estación? La segunda: esta vez, ¿se abrirían las puertas? La contestación a esas preguntas estaba a punto de hacerse realidad. El subte bajó la velocidad, y al alcanzar la estación casi no avanzaba. Como ahora estaban de nuevo en el primer vagón, ya que iban hacia delante, fueron los primeros en ver el piso tan anhelado de la estación Flores. El subte paró en la estación, y unos segundos después, cuando todos los pasajeros del vehículo contenían la respiración, abrió sus puertas. Por una de las puertas comenzaron a bajar con cierto miedo Juan Pablo, Gastón, Rodrigo, Almanza y Beraldi, por la puerta del medio bajó Clara muy rápido como si corriera una carrera y detrás de ella Mariela con Martina colgada de su brazo. De inmediato las puertas se cerraron. Dentro del tren quedaron Amalia, Javier, Katerina y su hijo, y Joao, que con mucha caballerosidad les cedía el paso.

- Rápido, bajen por la ventana.- Gritó Juan Pablo.- Apúrense.

Pero el tren no les dio oportunidad. Se los llevó hacia la estación Carabobo, ante la mirada estupefacta de los ahora únicos ocupantes de la estación de Flores.

- Acá tampoco hay nadie. - Observó Juan Pablo luego de mirar las ventanillas vacías donde debían estar los empleados que vendían boletos.

- Estás muy equivocado.- Dijo Beraldi, mientras señalaba hacia el fondo del andén, donde se veía una figura de traje y anteojos negros.

- ¿Es el mismo?- Preguntó Juan Pablo.

- No se parece, estoy casi seguro de que es otro. - Dijo Gastón, que era muy observador.

- Vamos a preguntarle qué es lo que sucede.- Dijo Juan Pablo y comenzó a caminar hacia el desconocido. Sin embargo, éste bajó por las escaleras del final del andén hacia las vías y comenzó a caminar en sentido contrario.

- Eh!- Gritó Juan Pablo, pero el desconocido se alejó demasiado rápido.

- Dejémoslo. - Dijo Beraldi. Mejor es que salgamos a respirar un poco de aire fresco.

Era verdad, el aire en la estación no era mucho mejor que arriba del subte. Todos estaban con la ropa mojada, alterados, molestos.

- Tiene razón,- dijo Juan Pablo,- vamos, vamos todos, subamos por la escalera hacia la luz.

Uno tras otro, Beraldi, Almanza, Clara, Mariela, Martina (todavía colgada del brazo de Mariela), Gastón, Rodrigo y por último Juan Pablo subieron despacio los escalones de la escalera de la estación, la que los iba a depositar en la vereda de la Plaza Flores. Todos ellos estaban como

expectantes, querían respirar aire fresco pero también querían saber qué les había pasado. Almanza se adelantó avanzando de a dos escalones por vez y sacó fotos del grupo desde arriba. Cuando estuvo satisfecho, una vez sobre el terreno de la Plaza Flores, comenzó a mirar a su alrededor y en ese instante se dio cuenta de que era allí donde iban a comenzar a vivir la verdadera aventura.